





Las noches del gallo



Flor Canosa

Las noches del gallo



menos**cuarto**

Un jurado formado por Espido Freire, Marta San Miguel,
David Roas y José Ángel Zapatero adjudicó a *La borra
apretada del sueño*, ahora publicada como *Las noches
del gallo*, escrito por Flor Canosa, el Premio
Tristana de Novela Fantástica, en su
decimoctava edición, organizado
por el Ayuntamiento de
Santander

© Flor Canosa
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2026

ISBN: 978-84-19964-49-6
Dep. legal: P-76/2026

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de portada: *Gallo muerto* (1659-1660), Gabriël Metsu
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S. L.
C/ Italia, 49
34004 PALENCIA (España)
Tfno.: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la
ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que
controlan el origen de la materia prima provenientes de montes
sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

*Qué haré con el miedo
Qué haré con el miedo*

*Ya no baila la luz en mi sonrisa
ni las estaciones queman palomas en mis ideas
Mis manos se han desnudado
y se han ido donde la muerte
enseña a vivir a los muertos*

*Señor
El aire me castiga el ser
Detrás del aire hay monstruos
que beben de mi sangre*

*Es el desastre
Es la hora del vacío no vacío
Es el instante de poner cerrojo a los labios
oír a los condenados gritar
contemplar a cada uno de mis nombres
ahorcados en la nada.*

ALEJANDRA PIZARNIK, *El despertar* (fragmento)

¿Qué lleva esa mujer vieja en su saco de tela basta? ¿Por qué se aferra a ella cuando le ladran los cuscos o la persiguen los borrachos? ¿Y por qué las criaturas poco criatorias, salvajes o asilvajadas insisten en expulsarla, no reconocerla siquiera como una igual en inferioridad de condiciones?

Corre el año 1880 y la vieja ha vivido demasiado, pero no parece que vaya a morir. Ese es uno de sus problemas. Dicen que tiene mil años y así se siente, y así luce con el cráneo pelado y la boca con un solo diente. Se la ve por todas partes, como si fuera más de una, siempre abrazando su saco. Conjeturan que allí lleva los cadáveres de los fetos que parió muertos. Aventuran que carga el corazón de Lavalle, que lo robó en Jujuy y llegó caminando hasta la ciudad. Ella no escucha lo que se dice, porque hay otra voz que le hace cosquillas en los oídos. Una voz que viene de muy adentro y de muy lejos. Una que, por momentos, parece venir del saco, porque la vieja se lo acerca a la cara y algunas veces sonrío, otras frunce el ceño, otras hace un gesto de que no le interesa o no está de acuerdo. La ciudad podría estar en llamas, hundirse hacia la boca hambrien-

ta de la tierra o desaparecer en un remolino salvaje, poco importa. El destino de la vieja no está atado a esa ciudad ni a ninguna, apenas a un eterno vagabundeo de quien ha sido desterrado de toda raza. De existir una caverna remota o una columna donde aislarse como eremita, allí encontraría algo de paz, pues no hay humanidad que pudiera perdonarla, ni siquiera el diablo, ni Ekú, ni Wualichú, ni nadie con quien ella intentara un pacto a costa de su propia carcasa. Su osamenta no vale nada, ni siquiera como carne de cañón. En un par de ocasiones intentó trezarse en una batalla, meter las dos manos y el pecho en el interior caliente de una pelea cuerpo a cuerpo, y ni allí la querían. La repelían los adictos a Avellaneda y los fieles a Tejedor con igual ímpetu, y la esquivaba la muerte, recelosa. Tal vez su piel emanaba el olor sulfurante de la traición a todas las causas.

La mujer tiene las manos como raíces marrones y no lleva otra cosa que su saco y la mirada de loca. Su cuerpo se desliza espectral, arrastrando los pies descalzos que lucen como cascos equinos varos, y su mirada velada por una película translúcida no se fija en los ojos de nadie. No como una ciega, sino como alguien que ve demasiado, que cava en la oscuridad rota o que no necesita guiarse con ese sentido, porque tiene otros. Muchos, vaya uno a saber cuántos y cuáles. Mejor así, que no te mire, pues dicen las lenguas que si la vieja loca te mira, luego viene el diablo a tirarte de las patas.

Come de la basura y se pelea con los perros por los huesos. La han echado de los campos por encontrarla

acostada sorbiéndoles, golosa, las ubres a las vacas que se quedan quietas si la vieja las toca. Como una encantadora de serpientes, la mujer paraliza el aire con su presencia. Pobre vieja, le sucede todo lo que no quería. Se había marchado sola, con su saco, para no ser vista por nadie. Con tantos años, tuvo sus períodos de transparencia, pero en otros era notoria, incandescente. Ahora no se ve a sí misma y no le importa lo que vean los demás. Será que el tiempo y la soledad hacen olvidar los propósitos. El tiempo y la soledad horadan la mente hasta dejar un surco en el que crece la maleza de la locura. Ya no sabe quién es la vieja. No recuerda su nombre o no lo dice en voz alta. Su voz está metida adentro, aunque mueva los labios en una oración que nadie sabe a quién le corresponde. ¿A quién ora la vieja, loca, sola? ¿A qué dios invoca? Ah, si supieran que no tiene un solo dios y que echó mano a todos aquellos que pudieran darle un poco de magia. Ahora parece que no le queda ninguno, que también la abandonaron.

Veinte años más tuvo que esperar su destino. El comienzo del siglo la sorprendió en Rosario, o al menos eso dijeron algunos testigos que, sin conocerla de antes, la describieron como una mujer anciana, oscurísima, calva y doblada sobre sí misma, abrazada a un saco de tela. Había sobrevivido a la fiebre amarilla, riéndose sin dientes de los cadáveres que se apilaban contra los muros, revisando los bolsillos y acurrucándose por las noches junto al cuerpo sin vida de algunas mujeres de la noche. ¿Será una mujer de la noche la vieja? Lo es ahora, que trata de no vagar de día, que sus párpados no le dan amparo a sus ojos

cansados y necesita la penumbra tanto como la penumbra la necesita a ella. Es una sombra sin sombra. La oscuridad es, quizás, su única amiga y la deja avanzar allí donde las criaturas se le alejan. Huele a muerto, hambre y algo más que nadie había olido antes. Eso dicen, y este comienzo y algo de lo que sigue está basado apenas en habladurías, en testimonios orales y en leyendas urbanas. Nadie escribe edictos o cuartetas sobre mujeres como ella, que viven en la periferia de la historia. Por eso casi todo parece chisme y se pintan las paredes con esos murmullos que se cuelan por los intersticios. Una vocecita susurrante por el hoyo de la cerradura o escondida en el paquete de la compra. Entonces se sabe —o se dice— que llegó a Rosario junto a la peste bubónica, cuando la gente todavía no comprendía que los años de la Patria no se contaban como los de esa mujer. No se sabe quién es más vieja, y no importa, porque entonces parecía que todo se iba a morir, se aísla la ciudad y esta vez le toca también a ella. No contrae la peste, sino que se esconde durante el día en algunos galpones del puerto, ese mismo puerto por el que llegó la muerte. La matan tres hombres embozados. La muelen a palos con el vómito en la garganta y luego la prenden fuego. Uno de ellos cuenta, más luego, que la vieja tenía la mirada agradecida y que nunca, ni cuando le ardieron los pulmones, soltó ese saco roñoso de tela basta.